

de la manera que se podría hacer con menos estruendo; y al fin me resolví en lo que vereis por una relacion que irá con esta en cifra: y sucedió tambien, que hasta agora todos tienen creído que murió de enfermedad, y así tambien se ha de dar á entender allá mostrando descuidada y disimuladamente dos cartas que irán aquí de don Eugenio de Peralta, de quien se fió el secreto como de mi alcaide de la fortaleza de Simancas, donde se habia llevado y estaba preso el dicho de Montigny, el cual si en lo interior acabó tan cristianamente como lo mostró en lo exterior, y lo ha referido el fraile que le confesó, es de creer que se habrá apiadado Dios de su ánima. Resta agora que vos hagais luego sentenciar su causa como si hubiera muerto de su muerte natural, de la misma manera que se sentenció la del marqués de Vergas (Berghes), pues con esto me parece que se ha conseguido lo que se pretendia..... etc. (1).»



que hacia tiempo andaba con empeño solicitando. Mas si bien el rey se mostró dispuesto á relevarle, y aun nombró sucesor al duque de Medinaceli, virey que era de Navarra, le respondió que seria bueno permaneciese todavia allí hasta que llegara su sucesor, que iria con la flota que habia de traer la reina. Vino pues acompañando á la desposada princesa, en lugar del duque de Alba, su hijo el prior de Castilla don Fernando de Toledo. Desembarcó la régia comitiva en Santander (3 de octubre, 1570), el día en que se cumplian los dos años del fallecimiento de la reina Isabel de la Paz. Visitaron á la princesa austriaca en Santovenia sus dos hermanos Rodolfo y Ernesto; y en Segovia, donde la esperaba el rey con la princesa doña Juana de Portugal, se celebraron suntuosamente las bodas (12 de noviembre) de Felipe II, tres veces viudo y de edad de cuarenta y tres años y medio, con la princesa Ana de Austria, nacida en Cigales de Castilla, y que aun no habia cumplido los veinticinco (2). Es de notar que en medio de este fausto acontecimiento estuviera el espíritu del rey para ocupar-se en ordenar la forma del suplicio de Montigny.

Durante este tiempo el duque de Alba se habia determinado á publicar en Flandes el ansiado perdón general (julio, 1570), pero con tales limitaciones, que dejó mas frios y mustios que satisfechos y alegres á los flamencos. El caso es que

(1) Minuta original que se halla en dichos papeles de Estado, legajo 544.

(2) Cabrera, en el libro IX, capítulo 19 de su Historia, describe la solemnidad con que se celebraron las bodas, y enumera los personajes que á ellas asistieron.

Tal fué, y no como lo suelen referir los historiadores que desconocieron estos documentos, la muerte del desgraciado baron de Montigny.

Mientras esto pasaba, arreglado todo lo concerniente al matrimonio del rey don Felipe con la princesa Ana, hija del emperador Maximiliano (que parecia ó sino ó empeño de Felipe II tomar por esposas las que habian estado destinadas para su hijo), y despues de haberse desposado con ella por poder y á nombre del rey Luis Venegas de Figueroa (24 de enero, 1570), dispúsose que desde Spira, donde su padre Maximiliano II se hallaba con motivo de la Dieta para la eleccion de su hijo mayor Rodolfo en rey de romanos, fuese traída á España por Flandes. Parecióle al duque de Alba buena ocasion el paso de la nueva reina por los Países Bajos (agosto) para venirse en su compañía, y se persuadió de que iba á ver cumplido lo

el mismo duque reconocia que no era este el camino para que el país se reconciliara con él, puesto que escribiendo á S. M. con referencia al indulto (22 de enero, 1571), le decia: *No es maravilla que todo el país esté conmigo mal, porque no les he hecho obras para que me quieran bien.* Y añadia que lo que de Madrid se escribia allá no contribuia tampoco á que le quisieran mejor (3). Por estas y otras causas continuaba instando porque fuese cuanto antes á reemplazarle el duque de Medinaceli; pero el rey le contestaba que no tenia un real para poder despachar al duque, porque todos sus recursos estaban agotados (4). Obligaba esto mismo al de Alba á hostigar mas y mas á los pueblos con la onerosísima exaccion de la décima y la vigésima, sin que las modificaciones que la penuria del país le precisaba á hacer fueran bastantes ni á aliviar al pueblo ni á disminuir la odiosidad del gobernador. Antes bien llegó un día el caso de que en la misma ciudad de Bruselas cerraran todos los mercaderes y menestrales sus tiendas y talleres; lo cual exacerbo de tal manera el genio bilioso del de Alba, que aquella misma noche mandó colgar algunos de ellos á las puertas de sus tiendas. Ya las tropas se hallaban formadas y el verdugo con los lazos en la mano, cuando llegó noticia de haber estallado de nuevo la rebelion en algunos puntos. «Y se verificó bien, dice el jesuita historiador de estas guerras, cuán ágramente impelen á la rebelion los tributos,

(3) Carta del duque de Alba al rey, desde Amberes.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 546.

(4) Carta del rey al duque de Alba, de Madrid, á 29 de enero de 1571. Archivo de Simancas, Estado, leg. 547.

cuando á los pueblos, ya de otra parte conmovidos, se imponen cargas superiores á sus fuerzas (1).»

No habia faltado quien advirtiera al rey del peligroso estado en que habian puesto á Flandes las vejaciones y las tiranías que estaban sufriendo del duque de Alba. Con el nombre de *Advertimientos* habia dirigido á S. M. su embajador en Paris don Francés de Alava dos largos escritos (4 y 5 de enero, 1572), manifestándole la multitud de mercaderes que emigraban con sus haberes de los Países Bajos huyendo del gravoso tributo de la décima, y de otros que no eran mercaderes y deseaban que les dieran la mano para tomar las armas; lo aborrecido que continuaba siendo el duque de Alba de los flamencos; el disgusto de los mismos nobles que habian sido siempre mas adictos al rey; las disposiciones hostiles de la reina de Inglaterra; la proteccion que los hugonotes de Francia se preparaban á dar á los descontentos de Flandes; lo que habia que temer por la parte de Alemania; lo urgente que era enviar al duque de Medinaceli á los Países Bajos, y que se retirara el de Alba, que sobre ser odioso al país se le iban ya atreviendo como á quien miraban casi caido, y próximo á ser reemplazado; y por último, que viera S. M. de poner pronto remedio á aquella situacion, que era peligrosa y grave (2).

Y así fué que en la inmediata primavera (abril, 1572) comenzó la segunda revolucion por Holanda, apoderándose el señor de Lumey, que se titulaba conde de la Marca, de la ciudad de Brielle en la isla de Voorme, al frente de quince naves, nueve de ellas bien armadas, que habia tenido pirateando por las costas de Holanda y Frisia. Para excitar mas el odio contra el duque de Alba llevaba pintadas en sus banderas diez monedas, emblema del aborrecido impuesto de la décima. El conde Bossu que acudió allí con algunas compañías tuvo que volverse despues de pasar por el escarnio de ver á los rebeldes quemar algunas de sus naves, y de saber que habian roto las imágenes sagradas con sacrilego furor. Este fué el principio del levantamiento que habia de parar en constituirse en república independiente aquellas provincias, precisamente cuando Felipe II pensaba en hacer de todos los Estados de Flandes un reino (3).

A muy poco tiempo se rebelaron los de Flesinga, puerto de Zelanda y llave del Océano, lanzando la guarnicion española, y ahorcando el caudillo de los rebeldes al coronel Hernando Pacheco, pariente del de Alba, en venganza, decia, de haber este cuatro años antes condenado á igual pena á un hermano suyo. No tardaron en seguir el movimiento casi todas las ciudades de Holanda, á excepcion de Amsterdam y alguna otra, y muchas de Zelanda, publicando escritos burlescos contra el duque y poniendo su retrato en ridiculos pasquines. Y aunque en el principio de la insurreccion algunas ciudades estuvieron indecisas dudando á quién habian de proclamar, al fin se adhirieron y juraron como presidente al príncipe de Orange, que en Alemania no habia cesado, como insinuamos en otro lugar, de trabajar para ver de emprender otra campa-

(1) Estrada, Guerra de Flandes, Década I, lib. VII.

(2) Son notables tambien los segundos Advertimientos de don Francés de Alava, copiados del archivo de Simancas, Estado, leg. 549, por la idea que dan, no solo de la situacion de Flandes, sino de la general de los Estados de Europa, y del espíritu de cada uno de ellos, respecto á la cuestion flamenca.

(3) No nos queda duda de este pensamiento de Felipe II. En 4 de julio de 1570, le decia desde el Escorial al duque de Alba, que cierta persona, celosa de su servicio y del bien y tranquilidad de los Países Bajos (era el consejero Hopper), le habia avisado ser el momento favorable para erigirlos en reino, y le habia dado un memorial de los fundamentos con que lo podia hacer, del cual le enviaba copia; que lo comunicara á las personas que tuviera por conveniente, y le trasmitiesera su parecer. «Este proyecto, decia, fué concebido ya cuando yo estaba en los Países Bajos (lo fué por el consejero Assonleville), mas se suspendió por las dificultades que entonces se ofrecian. Las circunstancias hoy han variado; los naturales están sometidos, y creo que nadie se atreveria á contrariar su ejecucion. Si con maña se los pudiera comprometer á que ellos mismos me lo demandaran, este seria ciertamente el camino mas llano. Por lo demás, vos me direis en qué forma deberia yo solicitar del papa el título de rey, y si para esto deberé contar con el emperador.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 544.

ña con mejor éxito que la primera. De esta vez acudieron á los rebeldes tantos socorros de Inglaterra y de Francia, que á los cuatro meses reunieron ya en Flesinga una armada de ciento y cincuenta velas. De modo que con razon decia el obispo de Namur, que con la décima y la vigésima del duque de Alba se habian comprado las provincias marítimas de los Estados para el príncipe de Orange. La insurreccion cundia rápidamente en Güeldres, en Zutphen y la Frisia, como en Holanda y Zelanda, y allí el conde Vanden Berghé tomaba por fuerza unas ciudades, y entraba sin oposicion en otras. Pero nada afectó tanto al duque de Alba como la nueva que recibió de que por la frontera de Francia Luis de Nassau, hermano del de Orange, ayudado de los franceses, se habia apoderado de Mons y de Valenciennes (mayo, 1572), lo cual le hizo sospechar que el rey Carlos no era extraño á aquellos sucesos, y escribió por lo tanto al rey, á su madre y al duque de Anjou, recordándoles los auxilios que siempre que habian tenido necesidad les habia prestado Su Majestad Católica, bien que ellos protestaban que querian estar en paz con España, y negaban que diesen favor á los sublevados. El duque por su parte tampoco queria romper con el monarca francés mientras él no arrojava la máscara.

Cuando el duque de Medinaceli, despues de tanta detencion, arribó al puerto de la Esclusa con dos mil españoles de refuerzo y alguna plata en barras, no sin peligro de caer en manos de los piratas rebeldes, la guerra estaba ya encendida, y el duque de Alba le envió á decir que en tal situacion su honor no le permitia hacerle entrega del mando y gobierno de las provincias mientras estuviesen alteradas, puesto que su retirada á España en los momentos que ardia una guerra, de la cual no faltaria quien quisiera hacerle culpable, se tendria por cobardía; en lo cual obró el de Alba como cumplia á su honra. Y ya entonces se allanaba á relevar á los pueblos de la décima, y á ampliar el indulto á los delincuentes; pero era tarde.

Parecióle al duque que lo principal y mas urgente, sin dejar de atender en lo posible á las provincias marítimas, era acudir al Heno y recobrar á Mons; á cuyo efecto, y en tanto que él podia ir en persona, envió á su hijo don Fadrique con el maestre de campo Chiapin Vitelli y con una buena parte del ejército. En el primer choque con los de Mons recibió Chiapin Vitelli un balazo en la pierna izquierda, cuyo contratiempo no les impidió sentar sus reales en las posiciones que escogieron. A libertar á los cercados de Mons acudió buen golpe de franceses enviados por el almirante Coligny, y mandados por el señor de Genlis. El afán de ganar la gloria de libertador empeñó á Genlis á combatir por su cuenta con los españoles, costándole su ambiciosa presuncion ser completamente destruido por el intrépido don Fadrique de Toledo, capitán valeroso, y mas feroz que su padre. Prodigios de valor hizo aquel día Chiapin Vitelli: no permitiéndole la herida ni andar ni tenerse en pié, hizose conducir á la batalla en un carretoncillo, desde el cual, medio tendido, pero puesto á la vanguardia, ordenaba las haces, y con la voz y con las manos animaba á la pelea, y contribuyó muy eficazmente al triunfo, si bien se le recrudeció la herida, de la cual llegó á estar desahuciado. Murieron mas de mil franceses, el mismo Genlis quedó prisionero, con otros seiscientos, entre ellos cerca de sesenta nobles, de los cuales unos fueron llevados á las fortalezas y otros ahorcados. Los fugitivos eran degollados por los rústicos de la tierra, y don Fadrique envió á España al capitán Bobadilla con el parte de la victoria y con el parabien para el rey don Felipe (4).

El duque de Alba, conforme habia ofrecido, partió de Bruselas y puso su campo delante de Mons (primeros días de setiembre). Mas con esta noticia el príncipe de Orange, que se hallaba muy prevenido á la frontera de Alemania, levantó el suyo, y pasó el Rhin y el Mosa con once mil peones alemanes y seis mil caballos, é internóse por Brabante, ansioso de socorrer á su hermano Luis, el sitiado en Mons. Diest, Tirle-

(4) De Thou, lib. 54.—Mendoza, Coment., lib. VI.—Estrada, Guerras, Déc. I, lib. VII.—Cabrera, lib. IX, cap. 2.—Gachard, Correspondencia de Felipe II, tomo II.

mont, Malinas, Termonde, le abrieron las puertas: Lovaina le dió víveres y dinero á trueque de evitar su entrada: iba por todas partes el de Orange sembrando el terror y la muerte, y ensangrentándose principalmente con los sacerdotes católicos y con las cosas sagradas, lo cual dió lugar á que los españoles usaran de igual ó mayor rigor y crueldad con los herejes y los enemigos, siendo mas lamentable y desdichado que nunca el estado de Flandes, sufriendo en todas partes los excesos y calamidades de una guerra sangrienta, é invadido por cuatro ejércitos enemigos, infestando Lumey las costas marítimas, Luis de Nassau la frontera de Francia, la de Alemania Berghes, y en el corazon del Estado el de Orange. Cuando este pasó el Henao y llegó á Jemmapes (9 de setiembre, 1572), á un cuarto de legua del campamento del de Alba, donde tambien se hallaba ya el de Medinaceli, se admiró de ver cuán en órden tenia aquel las fortificaciones de sus cuarteles. En vano intentó el príncipe romperlas, y mucho menos logró empeñar al de Alba á una batalla campal, de lo cual huía siempre con resolucion fija el duque, siguiendo su antiguo sistema.

Un día, al tiempo de anochecer, se halló sorprendido el príncipe de Orange con un inesperado estruendo de tambores, trompetas y clarines en el campamento español, con grande estampido de cañones y salvas de arcabuceria, y sobre todo con vistosas luminarias y alegres voces, todo lo cual indicaba la celebridad de algun fausto acontecimiento. Dedicóse con solicitud á averiguarlo, y supo por sus espías que en efecto celebraban la nueva que les acababa de llegar de una general y horrible matanza de hugonotes que se habia hecho en Francia, y que comenzó el día, que con esto se hizo tan memorable, de San Bartolomé. Aunque no habrá lector tan escasamente versado en la historia que no tenga conocimiento de aquella terrible jornada, que los franceses nombran *les Massacres de la Saint-Barthelemy*, no podemos dejar de decir algunas palabras de aquel suceso que tan inmediatamente influyó en los de Flandes que estamos contando, y que forma la página mas sangrienta y horrible de la historia de Francia en el siglo XVI.

El lector que recuerde lo que en uno de nuestros capítulos anteriores dijimos del origen y principio de las funestas guerras de Francia entre católicos y hugonotes (1), comprenderá que el plan de exterminar los herejes haciendo en ellos una matanza general venia ya fraguado de mucho tiempo. La mortandad de Amboise (1564) se puede decir que fué ya el preludio de esta memorable tragedia. Y no sin razon se ha sospechado que en las misteriosas conferencias de Avignon, y mas aun en las de Bayona (1565), en la célebre entrevista de la artificiosa Catalina de Médicis con su hija Isabel, la reina de España, esposa de Felipe II, á que asistió el duque de Alba, se habia concertado ya el plan de exterminio, cuya ejecucion se fué despues por graves dificultades difiriendo. Las guerras posteriores entre católicos y protestantes, sostenidas de una parte por los Guisais, de otra por los Montmorency, que tanta sangre costaron al pueblo francés, llevaron las cosas á términos de creerse ya necesario tratar solemnemente de paz y reconciliacion entre los dos grandes partidos, pero sin que la reina madre y los Guisais, y los duques de Anjou y de Aumale abandonaran su siniestro proyecto. Antes bien estudiaban la ocasion en que poder ejecutarle cuando los protestantes estuvieran mas confiados y adormecidos, y esta ocasion la hallaron en las bodas que se habian dispuesto de Enrique de Navarra con la princesa Margarita, hermana del rey Carlos IX. El príncipe de Condé, el almirante Coligny, todos los jefes de los protestantes habian sido llamados á Paris para dar mas solemnidad á estas bodas y poner como el sello á la reconciliacion de los partidos. El mismo Coligny, el mas valeroso y activo capitán de los hugonotes; el que mas auxiliaba á los protestantes flamencos, al príncipe de Orange y á su hermano Luis de Nassau; el que convidado antes por el rey Carlos IX á ir á la corte, se habia negado con justo recelo, contestando que en Francia no habia condes de Egmont (2); el mismo Coligny se resolvió por último á ir á Paris,

(1) Cap. V del libro presente.

(2) Aludiendo á la confianza con que el de Egmont en Flandes se habia entregado en manos del duque de Alba, que despues le hizo ahorcar.

fiado en que no habia de engañarle el rey, que le llamaba siempre *su padre*. ¡Cuán cara pagó su confianza en el amoroso dictado!

Celebrábanse en Paris las bodas con alegres y vistosas fiestas, alternando los bailes y los banquetes con los torneos y otros espectáculos. Este fué el momento que escogieron la reina madre y los Guisais para realizar su plan de exterminio contra los hugonotes, haciendo en ellos otras *Vísperas Sicilianas*, no menos horribles y sangrientas que aquellas. Todas las disposiciones estaban tomadas para una matanza general, que comenzó el 24 de agosto (1572), día de San Bartolomé, de que tomó el nombre aquella memorable jornada. El primero que fué sacrificado y en quien se estrenó el puñal asesino fué el almirante Coligny, á quien el rey habia acariciado con palabras tan cariñosas y dado tantas seguridades. A la voz de *¡Mueran los hugonotes! El rey lo manda*, se derramaron los asesinos por todas las calles y plazas de Paris, inmoldando con bárbaro y desapiadado furor cuantos herejes ó sospechosos de no católicos encontraban, buscándolos por las casas, persiguiéndolos por los tejados, en los sótanos, y allí donde los hallaban, aunque la enfermedad los tuviera postrados en el lecho del dolor, les clavaban los aceros, y sin reparar en que fuesen ancianos ó niños, los arrojaban á las calles y los arrastraban y mutilaban, extendiéndose el frenesí hasta á las infelices mujeres, y haciendo con sus cuerpos cuanto puede imaginarse de mas horroroso. En los días que duró esta carnicería perecieron sobre cuatro mil personas, entre ellas los mas ilustres personajes del partido hugonote. De Paris se propagó el furor, como se trasmitieron las órdenes de exterminio á las provincias, y se ejecutaron iguales ó parecidas atrocidades en Meaux, en Troyes, en Orleans, en Bourges, en Sancerre, en Lyon, en Auvergne, en Bayona, en Tolosa, en Ruan, y en otras muchas ciudades y poblaciones, pudiendo decirse que se empapó en sangre de los hugonotes todo el suelo de la Francia (3).

La nueva de esta catástrofe desalentó al príncipe de Orange, que sobre no poder esperar ya recibir mas socorro de los franceses de su partido, temia que le desampararan los mismos que defendian á Mons con su hermano: y como no consiguiese ni romper los reales del de Alba, ni comprometerle á pelear, picando ya tambien las enfermedades en su ejército, determinó retirarse á Malinas, dejando á su hermano abandonado á la suerte. Persiguiéronle en su retirada unas compañías de españoles con ochocientos caballos encamisados todos, los cuales pasaron á cuchillo mas de cuatrocientos soldados, y tal vez le hubieran sorprendido á él mismo en su tienda, si los ladridos de una perrilla que llevaba consigo no le hubieran avisado y apercebido del peligro que corría. No creyéndose, pues, seguro en Brabante, levantó de nuevo el campo, y se retiró á Delft en Holanda. Luis de Nassau, sabida la muerte de su favorecedor el almirante Coligny y la retirada del príncipe, capituló con el de Alba con no despreciables condiciones la entrega de Mons, y él se trasladó á Dillemburg, asiento principal del estado de Nassau. Con esto las tropas reales fueron fácilmente recobrando lo que en Flandes y Brabante habia tomado el de Orange. El duque de Medinaceli, don Fadrique de Toledo, Berlaymont, Noircarmes y todos los jefes del ejército entraron en Malinas, la ciudad que se habia mostrado mas adicta al príncipe rebelde, y la castigaron permitiendo tres días de saqueo (2 de octubre, 1572), «que es muy necesario ejemplo, le decía el de Alba al rey, para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no piensen que á cada una dellas sea menester ir el ejército de V. M., que seria un negocio infinito (4).»

Siguieron las tropas reales en pos del enemigo. Los duques de Alba y de Medinaceli determinaron pasar el Mosa, y avanzaron á Maestricht y á Nimega. El coronel Mondragon y San-

(3) Diario de Carlos IX, tom. I.—Las historias de Francia, donde se leen largos y espantosos pormenores de aquella horrible mortandad.

(4) Cartas del duque de Alba á Felipe II desde el campamento frente de Mons, y desde los reales cerca de Malinas, fechas en setiembre y primeros de octubre. Archivo de Simancas, Estado, legajos 552 y 153.—Estrada, Década I, lib. VII.—Mendoza, Comentarios, lib. VII.—Cabrera, libro X, cap. 4.—De Thou, lib. LIV.—Mendoza, que se halló en el cerco de Mons, inserta las condiciones de la capitulacion

cho Dávila, enviados á Zelanda con dos mil españoles escogidos, ejecutaron operaciones admirables, ya atravesando con su gente una parte del Océano, ya vadeando rios con el agua hasta el pecho, y acometiendo incontinenti con heroica audacia huestes y poblaciones enemigas, destruyendo las unas y apoderándose de las otras, siendo una de sus mas notables empresas el modo como hicieron levantar el cerco de Ter Gves, puerto del Escalda, que defendia Isidro Pacheco. Por su parte don Fadrique de Toledo guerreaba en Güeldres, reconquistaba á Zutphen, y reducía á escombros la villa de Naerden, abrigo de herejes, que le quiso resistir, demoliendo muros y casas, y pasando á cuchillo á todos sus habitantes sin excepcion (1); venganza excesiva y cruel, que puso en desesperacion toda la parte sublevada de Holanda. En los meses de noviembre y diciembre la Frisia fué reducida á la obediencia del rey, y el conde Vanden Berghe, lanzado de allí, se refugió á Westphalia, desbalijado por su misma gente. Todo esto se hacia permaneciendo el duque de Alba en Nimega, lejos del teatro de la guerra (2).

Pero el acontecimiento mas notable y digno de memoria de esta guerra fué el famoso sitio de Harlem, bella ciudad de Holanda, en que los rebeldes se atrincheraron, menospreciando con altivez toda propuesta de perdon, y donde se defendieron heroicamente contra todo el ejército de Felipe II mandado por don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, por espacio de ocho meses que los tuvo cercados (desde diciembre de 1572 á julio de 1573). Todas las hazañas y todos los padecimientos, todo el valor y toda la constancia, todas las calamidades y todos los recursos, todas las artes é industrias y todos los males que se pueden emplear y sufrir en el mas porfiado ataque y en la mas obstinada defensa de una plaza, todo se empleó y todo se sufrió en el cerco de Harlem por sitiados y sitiadores, y podria escribirse del sitio y defensa de Harlem un volumen entero. Bástenos notar, á nosotros que no podemos detenernos á referir los particulares lances de cada guerra ni de cada campaña, algunas circunstancias que darán idea de la heroica porfia de los unos y del desesperado esfuerzo de los otros en este sitio.

El encarnizamiento con que se peleaba era tal, que no se perdonaba á nadie la vida, y á todo el que se cogia de una parte ó de otra no se tardaba en ahorcarle sino el tiempo necesario para cerciorarse de que era enemigo, lo que equivale á decir que se le ahorcaba en el acto. De esta ferocidad dieron los sitiados el primer ejemplo. Repetidas veces colgaron estos de las almenas los cadáveres de los españoles, insultando al propio tiempo á los del campo con palabras provocativas. Los españoles por su parte arrojaban dentro de los muros cabezas cortadas, con carteles como los siguientes: *Cabeza de Filipo Convix, que vino con dos mil hombres á libertar á Harlem; —Cabeza de Antonio Pictor, el que entregó la ciudad de Mons á los franceses*. A esto contestaron los de dentro arrojando once cabezas al campamento español con un letrero que decía: *Los de Harlem envian diez cabezas, para que el duque de Alba no haga la guerra con pretexto de que se nieguen á pagar la décima: y para que vea que le pagamos con usura, le enviamos una mas*. Muchas veces ponian sobre los muros imágenes de santos, y aun del mismo Redentor de los hombres, para que recibieran los primeros las balas de los españoles; y otras presentaban figuritas de sacerdotes y frailes, y hacian la ceremonia burlesca de azotarlos y cortarles despues las cabezas. Las mujeres de Harlem formaron tambien su especie de escuadron de amazonas con su correspondiente capitana, y con una intrepidez que admiraba á los mismos enemigos alternaban con los hombres en la defensa de los muros, y desafiaban á los españoles con sus arcabuces. La muerte de los famosos y entendidos ingenieros del ejército real, Cressonnie-

re y Bartolomé Campi, la inutilidad de los repetidos asaltos que tantas víctimas costaban á los sitiadores, los trabajos que estos sufrían en aquellas heladas lagunas, todo iba ya inclinándose á don Fadrique de Toledo á abandonar la empresa y á retirarse á Brabante. Pero entendido esto por el duque de Alba su padre, le envió á decir: *que si alzaba el campo sin rendir la plaza, no le tendria por hijo: que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltaban los dos, iria de España su madre á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor ó paciencia para hacer su hijo (3).*

Usaron los de Harlem en este sitio de palomas correos para comunicarse con el príncipe de Orange, á imitacion de los antiguos romanos en el sitio de Módena. Sabida es ya la forma y artificio que se emplea para obtener este medio de comunicacion. Mas esto duró solamente hasta que la casualidad hizo que una de las inocentes mensajeras cayera fatigada en los reales y se descubriera el secreto, pues desde entonces los soldados se entretenían en cazar con sus arcabuces todas las que veían á tiro. Unos y otros recibían socorros por mar y por tierra, y por tierra y por mar se peleaba. En ambos campos se hacia sentir el hambre, pero mas especialmente en la ciudad, donde se comían las cosas mas inmundas, hasta las suelas del calzado. Aquellas gentes, sin embargo, no se rendían, aun con ver acribilladas sus murallas con diez mil docientas cincuenta balas de cañon que sobre ellas se tiraron, segun cuenta que llevaron algunos curiosos. El 8 de julio, á media noche, hizo el príncipe de Orange un esfuerzo por socorrer á los de Harlem, pero la mañana del 9 le atacó don Fadrique, y le derrotó completamente, matándole tres mil hombres, y cogiéndole toda la artillería y banderas, y hasta trescientos carros de municiones. Con esto acabó de desaparecer toda esperanza para los sitiados, los cuales, no obstante, en su desesperacion, pocos como ya quedaban, hambrientos y escualidos, y habiéndoles sido rechazada toda propuesta de capitulacion, todavia intentaron una salida, dejando en la ciudad las mujeres y los niños, sin mas objeto que el de morir matando. Pero las lágrimas y los abrazos de los hijos y de las madres pudieron tanto en los corazones de aquellos valerosos guerreros que habian despreciado tantas veces el fuego y el hierro enemigo, que no pudiendo resistir á la sensacion de la ternura, volvieron atrás, y se rindieron al fin sin mas condicion que la generosidad ó la clemencia que quisiera tenerles el rey (12 de julio, 1573).

Dió don Fadrique de Toledo las disposiciones oportunas para la entrada en Harlem, prescribiendo á cada capitán el puesto que debería ocupar. Cuando el duque de Alba desde Nimega comunicó al rey (14 de julio) la rendicion de Harlem, le decía: «Desearia mucho que no se saquease, porque tenga lugar la misericordia, y se pueda hacer el castigo que merecen los culpados. De los valones, franceses y ingleses, *he escripto á don Fadrique no me deje hombre á vida, y de los alemanes las cabezas*; y los otros, con juramento de no servir mas á este rebelde, los eche desnudos por parte que no puedan hacer daño. Los burgueses se castigarán algunos; con los demás se usará de misericordia, por ejemplo de las demás villas...» (4). Y así lo hizo. Dos mil trescientos soldados, franceses, valones é ingleses con sus comandantes, fueron pasados por las armas, multó á la ciudad en cien mil escudos, é hizo ahorcar algunos ciudadanos. En el parte que de esto daba al rey (Utrecht, 28 de julio) le decía: «Agora, señor, es

(3) Esta embajada es tan cierta, que el que la refiere es el mismo que la llevó, y la comunicó tambien al ejército en las trincheras, á saber: don Bernardino de Mendoza. Este mismo llevaba órden del duque de Alba para reconocer las baterías, las minas y todos los trabajos del sitio, y vino á España á dar cuenta de todo al rey, volviendo luego á Nimega con buena provision de dinero, y con poder del rey para arreglar las diferencias que con la reina de Inglaterra habia sobre embargos, en cuyo viaje dice que empleó mes y medio. Entonces fué tambien cuando Felipe II mandó á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan, que enviase al ejército de Harlem cinco mil españoles en veinticinco banderas.—Mendoza, Comentarios, lib. IX, páginas 191 y 192, edic. de Madrid de 1592.

(4) Archivo de Simancas, Estado, leg. 555.